

A LAS HUERFANITAS

del Asilo

de las NN. Domínicas

del SS. Nombre de Jesús

de Tucumán

P. Angel M. Boisdron
S. O. P.

Tucumán 2 de Noviembre de 1912

A LAS HUERFANITAS

del Asilo

de las HH. Dominicas

del SS. Nombre de Jesús

de Tucumán

P. Angel M. Boisdron
S. O. P.

Tucumán 2 de Noviembre de 1912

De Jesús son ellas, que dijo:

Dejad que vengan ❀ ❀

❀ ❀ a mí los párvulos

❀ ❀ ❀ ❀ S. Marc. X. 14.

Alocución

en el primer aniversario de
NUESTRA VENERADA MADRE
celebrado por las Huérfanas
del Asilo del SS. N. de Jesús

Reverendas Hermanas,

Píadosas Huérfanas :

Un año ha transcurrido, un año de dolorosos recuerdos y de tristes previsiones. Un año desde que terminó su vida mortal la que fué Sra. Dña. Elmina Paz de Gallo, y elevada al estado religioso se llamaba Sor María Dominga del S S. Sacramento, fundadora y primera Priora General de la Congregación regular de las Hermanas del SS. Nombre de Jesús de Tucumán, y de este Asilo de

Huérfanas. El grande afecto que tuvo para sus hijas y el intenso cariño por sus humildes asiladas que la caracterizó, nos obligan a celebrar hoy el primer aniversario de su fallecimiento con los sentimientos más vivos de gratitud y de piedad filial.

Fué ella, criatura predestinada en los altos designios del Padre Celestial para una misión de religión y de misericordia.

En los conceptos que sugieren las contemplaciones sobrenaturales la imagina uno a Elminita, en su cuna rodeada de ángeles que la miran con placer y la custodian con especial solicitud, y llevada de la mano de su piadosa madre, como María Santísima al lado de Santa Ana. Dorotea Terán de Paz, noble mujer que personifica las puras tradiciones y enseñanzas de la Fe católica, modelo de todas las virtudes del hogar cristiano, infundía a su hijita sus disposiciones de eminente piedad.

Joven, ya creada con distinción y delicadeza en el mundo que entonces era menos disipado que lo es ahora, pero en

fin era el mundo, — apareció Elmina como el lirio entre espinas, « Sicut lilium inter spinas », el cual por disposición de Dios fué dado a un hombre que supo apreciarlo y amarlo, y fué para él este culto de su esposa un título de salvación de su alma.

En todo tiempo, y en todas las edades y estados, la existencia de nuestra venerada y amada Madre fué el fiel cumplimiento del programa de santidad que ha trazado el Evangelio de Jesús, en los deberes para con Dios, para con el prójimo y para consigo misma.

Amaba a su Creador y Redentor sobre todas las cosas, como lo exige la ley impuesta a toda criatura racional y tan divinamente promulgada. Su actividad se ejercía suave y armoniosamente en los términos que expresa San Pablo: « *En El mismo vivimos y nos movemos y somos,* » sumida que era en el ambiente de su adorable presencia. Era Dios la base y el firmamento de su vida, en los incidentes innumerables de su persona, de su hogar y de la sociedad, en los acontecimientos felices o in-

faustos. Se la veía con frecuencia dirigir su mirada serena y mística hacia los cielos, entregándose humilde y confiadamente a las disposiciones de la Providencia.

Las doctrinas y los sacramentos, las devociones de la Iglesia eran las fuentes de su espíritu profundamente religioso.

A la familia del gran Patriarca Domingo pertenecía de corazón e inteligencia, desde sus primeros años hasta su consagración por los votos hasta la muerte. Vivía de la devoción a Jesús Sacramentado y a la SS. Madre del Rosario. Sus cultos a los Santos y Santas eran dirigidos por los impulsos de la gracia divina y especiales beneficios que recibiera. Nadie tuvo a los Sacerdotes y demás personas del Clero, mayor respeto y más prudente simpatía.

El establecimiento de su Congregación de las Hermanas Dominicadas fué ante todo inspirada por su amor a Jesucristo: pues quiso Ella que todas sus hijas fuesen un coro permanente de himnos de humildad y de obediencia, de pureza y de piedad, de paciencia y de caridad, de

perfección sobrenatural para su santificación y glorificación del Dios de toda bondad y grandeza.

El amor al prójimo, como el fuego sagrado en los santuarios antiguos, o como la lámpara mística ante nuestros sagrarios eucarísticos, ardía en el corazón de la venerada y amada Madre, y sus efluvios se extendían al exterior suave y eficazmente.

Los pobres que se presentaban a su puerta eran siempre bien recibidos, y les daba la limosna una mano que les consolaba y honraba.

Grande dama, que era en los días de su estado matrimonial, tomaba el coche y se iba a los suburbios de la ciudad, a visitar, auxiliar a los más desgraciados y desamparados. Era para ellos como la aparición del Angel Rafael en la casa de Tobías.

No había institución de beneficencia, asilos, hospitales, corporaciones humanitarias a que no protegiese con sus recursos pecuniarios y con sus influencias sociales; y cuando a pesar de toda sus resistencias era elegida y constituida Pre-

sidenta de estas asociaciones, eran para ellas períodos de paz, de bienestar, de prosperidad, goce para los directores y los asilados de estos establecimientos.

La caridad paciente y benigna que describe S. Pablo, el fervoroso apóstol de Jesús, presidía a sus pensamientos, a sus palabras, a sus relaciones sociales; su juicio era sobremanera discreto, afirmaba el bien y disimulaba el mal con toda la circunspección de la prudencia cristiana.

Però la grande obra y testimonio de su caridad es este Asilo de Huérfanas y de Huérfanos (que al principio comprendían a las criaturitas de ambos sexos.) Le dedicó su fortuna, sus atenciones y solicitudes y su misma persona con una espontaneidad y generosidad que todos conocen y admiran, y si nuestra amada y venerada Madre tuvo alguna imperfección, una debilidad instintiva; fué el exceso de cariño para sus huerfanitos! sentimiento por lo demás explicable, impresionante que tendrá su precioso correlativo, esta suma dilección de la inolvidable Madre ha formado y conservará una suma gra-

titud en el corazón de las Hijas. Vosotras Huerfanitas, Hijas adoptivas de nuestra Madre, muy amadas de ella, responderéis a su cariño y a sus beneficios, siendo lo que ha querido siempre que seáis, humildes, obedientes, modestas y honestas, contraídas al trabajo y al deber, y en donde que estéis honrando su memoria por vuestro buen comportamiento y sólidas virtudes y recompensa y demostración de la caridad de vuestra bendita Madre.

Personalmente pues, todas lo sabéis, su ejemplo acabado de todas las virtudes.

Su alma como esos lagos cuyas aguas transparentes, reflejan sin turbarse las estrellas del firmamento y las plantas que cercan sus orillas, las escenas del bien y del mal, jamás se empañó en las noticias, perturbaciones y desórdenes del mundo; quedó siempre pura y serena. Su humildad aprehendían las distinciones y los honores; su bondad y mansedumbre eran incansables, su genio más bien tímido, confiaba y se complacía en los consejos y en la dirección de la obediencia, horror tenía a la disimulación y la mentira; su paciencia descollaba en los sufrimientos.

mientes de orden moral y físico. La perfección interior y espiritual era una viva y continua aspiración. Puedo afirmar que en su larga vida de casi ochenta años jamás incurrió en pecado mortal; y me animaría a decir que ni en falta venial consintió.

A esta altura a que la gracia divina elevó a Nuestra Madre, la llamamos, la creemos Santa, y lo es para Gloria del Señor y consuelo y esperanza de todas sus hijas.

Le dedicamos estos sufragios fúnebres no porque los necesite, sino en el concepto que expresa San Agustín; « Las preces de la Iglesia que hacemos por los muertos sólo aprovechan a los que padecen las penas expiatorias del Purgatorio; para los que han incurrido en la eterna condenación, son inútiles. » Para las almas que han alcanzado la patria celestial son innecesarias, pero para sus deudos son un tributo de gratitud, y de piedad, una satisfacción del corazón.

Nuestra Madre está en los cielos con Jesucristo, su SS. Madre, los ángeles y los Bienaventurados, distinguiéndose por

su aureola de santidad en la familia del Patriarca Santo Domingo, mirando y orando por sus hijas que ha dejado sobre la tierra y no la olvidarán jamás.

Muy amadas Hijas de Nuestra Madre y piadosas oyentes, todas, no solamente deben venerarla, antes bien imitarla recordando los consejos que les ha dado, cumpliendo sus deseos y voluntades que bien lo conocen, llenando los deberes de su estado, y aceptando los sacrificios de su vocación, para realizar la perfección religiosa, que será honra para la población de Tucumán a la cual edificó, para nuestra Congregación cuya fundación ha sido su calvario, y a Dios cuyas misericordia cantaremos eternamente.

Amén.

P. ANGEL M. BOISDRON.
S. O. P.

